

Tararí, Tarará



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 25654. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Tararí, Tarará

Fernando Olavarría Gabler

Capítulo I

LA CONSULTA DEL DOCTOR COLIBRÍ

Esta historia no se habría escrito si nuestro héroe no hubiera salido sin zapatos al jardín de su casa en un día de invierno. Fue a buscar naranjas con su perro y jugaron en el pasto que estaba todavía mojado por la lluvia.

Su mamá lo retó y lo mandó a la cama. Empezó con romadizo, algunos calofríos y tos.

Después de algunos días, se levantó y no fue a la escuela; seguía tosiendo y estaba muy pálido y sin apetito. Mamá entonces decidió llevarlo al doctor y abrigándolo bien, salieron a la calle.

Era una hermosa y fría tarde de mayo. Debajo del timbre había una plaquita de bronce muy limpia que decía "Consulta" y más arriba

otra grandota, en la cual Federico leyó: "Doctor Colibrí". "Enfermedades de niños".

Salió a recibirlos una mujer vestida con un delantal blanco y entraron a la sala de espera.

El niño tenía frío a pesar de la buena calefacción; más bien tenía miedo. Todo era oscuro allí, los muebles grandotes y barnizados, los cuadros y las paredes. La señora de blanco le inspiraba temor y al mismo tiempo sentía como si lo estuviera protegiendo de algo que podría sucederle. Su mamá permanecía tranquila y leía una manoseada revista sacada de un montón que había en una mesa.

Sonó el timbre y llegó otra mamá con una niñita y así, poco a poco se llenó de niños y mamás la sala de espera.

Algunos lloraban y otros no podían estarse quietos. Federico ya no tenía miedo y pensó en lo antipático que era un conjunto de niñitos quejándose. Había uno que empezó a equilibrarse en la tabla

horizontal de la gran mesa del centro. Allá fue Federico y decidieron jugar con unas revistas.

Estaban así muy entretenidos, cuando se abrió la puerta de la sala de examen y apareció el doctor. Era alto, imponente y vestía también de blanco. ¡Qué miedo! Mamá se puso de pie, tomó al niño de la mano y entraron. Federico tenía ahora ganas de llorar y haciendo pucheros dijo que quería irse. No deseaba que el doctor le pusiera una inyección. Pero la mamá, pasándole un brazo por la cintura, lo tranquilizó. El doctor se acercó a él sonriendo y le habló bondadosamente.

Federico pensó que en realidad no parecía tan malo porque era algo semejante a su padre.

La mamá lo desnudó y lo subieron a una mesa blanca, le miraron la garganta; esto le produjo arcadas y se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces, el doctor pegó su oreja a la espalda del niño

y tuvo que respirar profundo. Después el vientre; sintió las grandes manos del doctor con cierto olorcillo a jabón y algo frías por estar recién lavadas. Luego se colocó unas gomas en los oídos y comenzó a tocarlo con un botoncito de metal. Es simpático todo esto -pensó el niño- cuando llegue a casa "jugaré a los médicos".

Después lo hicieron pasar a otra sala oscura -los rayos X - que estaba iluminada por una ampolleta roja. Se encendió una luz verdosa y se oyó un ruido semejante al de un insecto:

BRRRRRRRRRRRRRRRRRR.

-A ver, tose un poco; Federico tosió y ¡Click!... Quedó toda la sala en tinieblas. El doctor murmuró, ¡Diablos!, otra vez esta máquina; es necesario que vengan a arreglarla. Esto fue lo último que oyó Federico. Esperó algunos minutos y nada sucedió; nada, ni un ruido.



Mamá, mamá -balbuceó- ¿estás aquí?... Silencio, oscuridad absoluta. El niño impaciente, empezó a mirar a su alrededor y de improviso, divisó frente a él, a unos metros más allá, un cuadro luminoso por donde entraban los rayos del Sol. Avanzó por esta nueva puerta y ¡oh! Qué extraño, ¡se encontró frente al mar en unas dunas de arena! El Sol amarillento calentaba bastante y a Federico lo invadió una gran felicidad. Se tendió en la arena tibia y se puso a reír nerviosamente. Así estaba, observando las olas y a unas gaviotas que corrían por la orilla de la playa dando picotazos a las pulgas de mar, cuando oyó una voz detrás de él que decía:

- Ellas pueden meter sus pies en el agua y no se resfrían.

-¿Quiénes? ¿Las gaviotas?, preguntó Federico dando vuelta la cabeza para observar al que le hablaba, y cuál no sería su asombro, al ver junto a él, sonriente y moviendo alegremente la cola a su perro Duende.

-¿Qué andas haciendo por estos lados?, preguntó el niño.

-Ando en busca de aventuras.

-Oye amito, ¿sabes cómo se llama este lugar? Las Dunas del Gnomo Naranja.

-¿Del Gnomo Naranja?

-Sí. Es un gnomo que vive en estos arenales. ¿Qué te parece la idea de ir a visitarlo?

-Me parece muy bien, dijo el niño apretándole la nariz a Duende. Éste estornudó, dio un corto gemido y echaron a correr por la arena. Duende ladraba alegremente y trataba de morderle los talones. De improviso se separó de su amo y corrió en otra dirección. El niño lo llamó, pero éste estaba muy interesado en algo que había encontrado; olfateaba y escarbaba la arena, ladraba, luego retrocedía y después avanzaba con la intención de morderlo. ¿Qué era ese algo? Federico tuvo curiosidad. Se acercó donde ocurría todo esto y descubrió que

Duende le ladraba a una culebrita. ¡Pobre culebrita! ¡Qué asustada estaba! Sus ojos redondos y grandes por el miedo no parpadeaban y miraban fijamente al perro.

-Pobrecita, dijo Federico cogiéndola suavemente. La culebrita comprendió que el niño no le iba a hacer daño y no trató de huir. Se sentía más segura desde allá arriba y burlonamente le sacó la lengua a Duende.

-¡Qué bonita es!, exclamó Federico, es de color marrón con escamas doradas y negras, su vientre es blanco y ¡Oh! No tiene párpados ni pestañas; es por eso que se veía tan asustada. ¡Mira cómo mueve su cola!

Duende estaba entretenido con todo este asunto y se erguía en dos patas dando pequeños saltos para olfatearla. Federico, sosteniendo a su perro por el cuello, puso en libertad a la culebrita y ésta comenzó a reptar por la arena dejando una huella ondulante. El

niño y el perro la seguían de cerca. ¡Era muy divertido y hermoso verla deslizarse tan rápido mediante sus costillas debajo de la piel!

La siguieron un buen trecho hasta que llegaron a un matorral donde se internó entre las ramas y hojas. Nuestros dos amigos se inclinaron hacia adelante y separaron las ramas para ver dónde se dirigía. Pues bien, fue hacia una naranja, ¡pero no era una naranja! Era un enano barrigudo con piernas y brazos muy delgados. Estaba furioso; sentado sobre una rama daba golpecitos nerviosos con sus dedos sobre un caracol.

-¿Por qué has tardado tanto?, le gritó a la culebrita.

-¿No sabes que tengo que llegar puntualmente a mi casa? El puchero está por enfriarse... La culebrita bajó la cabeza tímidamente y dijo en forma humilde: Perdóneme señor don gnomo Naranja, me he atrasado porque esos dos, que están mirando a través del matorral, se detuvieron para jugar conmigo. Al decir esto, apuntó hacia el niño y el



perro con su cola. El gnomo miró hacia arriba y a pesar de que Federico y el perro se apartaron rápidamente, él ya los había visto y se echó a reír a carcajadas. Tanto rió, que rodó por el suelo y salió del matorral dándose vueltas como una naranja. Después dio un silbido largo como un suspiro y se puso de pie.

-Vamos andando -dijo a la culebrita; ésta salió del matorral y el gnomo se montó encima de ella. Buenos días caballeros, -dijo- al pasar frente a Federico y el perro, y saludó con un sombrero que llevaba puesto.

De improviso hizo detener su cabalgadura y dirigiéndose nuevamente a ellos les preguntó: ¿No desean almorzar conmigo?

Muchas gracias gnomito Naranja, sí, aceptamos -dijo el niño- y continuaron su camino detrás del gnomillo gordiflón.

Éste se dirigió hacia una gruta que había por ahí cerca.

Federico pensó que comenzaba otra de sus grandes aventuras

y ahora con su perro Duende. Recordó lo que años atrás le había dicho el Enano Azul: Que podría comprender el lenguaje de los animales, por eso no se extrañó de haber conversado con su perro. También recordó a Fernandín, su gato regalón. ¿Qué sería de él? Era totalmente independiente, no era fiel, pero sí, un buen amigo al cual había que alimentar. No cuidaba la casa, como Duende, sino que vivía en ella cuando se le antojaba y después desaparecía por algunos meses. Era diferente a su perro; es por eso que no se miraban bien, pero en el fondo eran buenas camaradas.

Fueron manjares muy extraños los que comieron gnomo e invitados. Se sirvieron gotas de rocío en pétalos de flores, néctar de petunias en cáscaras de bellotas, jugo de cardenal, peras silvestres y moras. Finalmente el gnomo se comió un pedazo de tiza; un lagarto verde, que entró de sorpresa a la gruta, atrapó una mosca, se la zampó al estómago, cerró los ojos y sonrió. Quedó un ala transparente

asomada a sus labios y el gnomo, arrancándola, empezó a abanicarse con ella. La culebrita se comió una cucaracha que estaba debajo de una piedra y Duende se quedó con hambre porque no comió las cosas que se han dicho. Pobre Duende, salió de la caverna y no volvió hasta muchas horas después con el hocico untado en arroz y algunos fideos.

-¿Dónde has estado? Preguntó Federico.

-Metido dentro de un tacho de basura, contestó el perro.

-Es verdad, dijo el gnomo, cerca de aquí, en la falda de esa montaña que mira hacia el océano, hay un inmenso bosque y en su margen hay un pueblo donde habitan leñadores y campesinos. Esta noche hay una fiesta.

-¿Cómo se llama ese pueblo? preguntó Federico.

-Es el pueblo del Laúd Silencioso, respondió el gnomo. Existe una gran desgracia entre sus habitantes y está relacionada con un laúd que hay en un castillo cerca de aquí. Según dicen, en ese castillo hay

una princesa encantada por un mago y el que pulse el laúd romperá el encanto y libraré a la princesa, pero el que fracasa, pierde su vida. Muchos han muerto ya en este intento y sus esqueletos están en los jardines y aposentos del tenebroso castillo. Actualmente hay un príncipe en la aldea que mañana tratará de romper el hechizo. Pobre príncipe, sus huesos se blanquearán junto con los otros en las galerías del castillo.

-Me agradecería salvarlo, murmuró Federico, ¿no hay alguna manera de hacer sonar el laúd?

-Tú podrías salvarlo, respondió el gnomo, porque eres un niño bueno y Dios te protege. Existe un viejo amigo tuyo que puede romper el encanto si se lo pides.

-¿Quién es? preguntó el niño.

-Anda al pueblo y lo encontrarás; yo mandaré un abejorro a buscarlo, le zumbará en sus oídos y lo pondrá en tu camino.

-Vamos al pueblo, dijo Federico a Duende y despidiéndose del gnomito Naranja se encaminaron hacia allá.

El gnomo se había tendido en la arena con los ojos cerrados y comenzaba a quedarse dormido cuando murmuró algunas palabras deseándoles buen viaje. Realmente era un gnomo dormilón; así, con sus manos y piernitas dobladas, ¡parecía una verdadera naranja!

El Sol estaba alto; soplabla una fresca brisa marina y el niño corría por las dunas junto con su perro que ladraba de alegría. Era muy hermoso ver esta escena desde lejos.

De improviso divisaron un negro y pequeño bulto que saltaba dando arañazos en el aire con sus dos patas delanteras, corría un trecho y se erguía como si quisiera atrapar algo que volaba cerca de él.

¿Quién era?

Era Fernandín, el gato negro de ojos amarillos que trataba de cazar un abejorro que zumbaba alrededor de él. A pesar de haber visto a sus dos amigos continuaba preocupado del abejorro.

-¿Qué andas haciendo por aquí?, le preguntó Federico.

-Ando detrás de este insecto que me ha despertado de la siesta, respondió el gato.

-Entonces tú eres el amigo del cual me habló el gnomo Naranja, que me ayudará a salvar al príncipe -dijo el niño- y le contó su reciente conversación con el gnomito. El gato aceptó acompañarlos hacia el castillo e iniciar esta nueva aventura.

Y así, Federico se encaminó hacia el pueblo acompañado de sus dos amigos.

¡Se veía a simple vista que el pueblo estaba de fiesta! Las calles habían sido adornadas con banderas y guirnaldas; la banda de músicos tocaba en la plaza, sobraba gente en las tabernas, los niños correteaban por las calles y las mujeres y los hombres se paseaban con sus mejores vestidos domingueros. Mas, a todos se les notaba algo en el rostro. Eran ojos de tristeza y preocupación que no podían ocultar

porque se habían encariñado con el príncipe, que había llegado algunos días atrás y no podían quitarse de la mente el peligro que éste iba a enfrentar.

Era el más apuesto, valiente y bondadoso de todos los príncipes que habían llegado a ese lugar.

¡Otra víctima más del terrible encanto!

Federico se dirigió acompañado de su perro y su gato al campamento instalado en las afueras del villorrio donde el príncipe y su corte celebraban unos juegos deportivos. Allí estaba la nobleza, el ejército y la mayor parte de los habitantes de esa región. En esos instantes se iba a iniciar una carrera de avestruces montadas por niños. Uno de éstos, había tenido la mala idea de arrancarle una pluma de la cola a su cabalgadura y el animal indignado le había dado un picotazo que lo derribó y lo dejó llorando en el suelo con un gran chichón en la cabeza. El niño no quiso participar en la carrera y Federico se ofreció

para correr por él. Acarició al animal en el cuello y hablándole suavemente le dijo que sería su jinete. El avestruz le guiñó el ojo y acercando el pico al oído de Federico le susurró para que nadie la oyera:

-Si gano, prométeme un antiguo reloj de oro, de esos que se usaban en el bolsillo de los chalecos. ¡Son tan sabrosos!

Federico se echó a reír y asintió con la cabeza. Los heraldos tocaron sus trompetas y el gran juez anunció que en nombre de su Majestad Tararí Tarará, se iba a iniciar la competencia. Luego recordó en voz alta los reglamentos, entre los cuales estaba el que no se debía apretar el cuello de las avestruces contendientes, porque se les nublaba la vista y esto podía traer accidentes en plena carrera. Tampoco se les debería hacer cosquillas debajo de las alas, pues al reírse un avestruz, contagiaría con sus carcajadas a las otras y los resultados serían poco serios. Terminó diciendo que el que ganara

sería premiado por el príncipe quien le concedería la satisfacción inmediata de dos deseos por muy costosos que éstos fuesen.

Federico encontró algo ridículos todos esos reglamentos pero muy atractivo el premio.

Sonaron nuevamente las trompetas y daban ya la voz de partida cuando Federico le preguntó a uno de los cuidadores de avestruces por qué el príncipe tenía un nombre tan feo. Esto de Tararí Tarará no le hacía gracia alguna. Le gritaron que ya la carrera se había iniciado y que Tararí Tarará era el nombre de Su Majestad el Rey y no el del príncipe que se llamaba Eugenio. Era tan grande el griterío del público y tantas las exclamaciones y avisos con las manos que le hacían a Federico para que partiera también, que la avestruz, asustada, escondió la cabeza en la arena de la pista. Federico comenzó a espolearla y a tirar de las riendas, pero todo era inútil y la gente se reía a más no poder.

Fernandín vino a sacar de apuros a su amigo al dar un salto y clavar sus uñas en la rabadilla del animal; éste al sentir tan fuerte dolor desenterró su cabeza y echó a correr a tal velocidad, que Federico no pudo hacer otra cosa que abrazarse del cuello para no caerse. Así pasaron como un rayo frente al palco de honor donde estaba el príncipe y su corte y a pesar de la gran ventaja que llevaban las demás avestruces, poco a poco la de Federico comenzó a ganar terreno. Las otras ya habían doblado la primera curva de la pista cuando Federico y su avestruz con el gato aferrado a la cola, las alcanzaron. Todas corrían batiendo sus alas y daban trancos tan enormes que parecían volar. En las curvas abrían un ala y ésta les servía de timón para girar con mayor facilidad. El público atronaba el aire con gritos de júbilo, cuando en la recta final, el avestruz que iba primera, fue alcanzada por la de Federico. Al llegar a la meta, el niño, haciendo un esfuerzo, le gritó a su cabalgadura que estirara el cuello y ganaron así por una cabeza la gran carrera.



Terminó la competencia y Federico, con su ave jadeante, tuvo que presentarse ante el príncipe para recibir el premio. En efecto, ante toda la corte, el Príncipe Eugenio le dijo que manifestara dos deseos porque los satisfaría de inmediato. Federico después de agradecerle le dijo:

Te pido en primer lugar un reloj de oro para mi avestruz, de esos que se usan en el bolsillo del chaleco, porque le prometí darle uno si ganaba.

Algunos minutos después traían un hermoso reloj en una bandeja. Federico, tomándolo cuidadosamente se lo mostró al avestruz y ésta se lo tragó en el acto ante las carcajadas de todos los presentes.

-Pídeme tu segundo deseo -dijo el príncipe- que continuaba aún riendo por la escena del reloj. Federico entonces habló:

-He sabido, el por qué de tu venida a este pueblo. Sé también y

no valen explicaciones, que yo soy el único que podría salvarte la vida. Déjame acompañarte cuando vayas al castillo del Laúd Silencioso.

Todos enmudecieron y el príncipe, muy serio, respondió que siendo ése el segundo deseo, no podía dejar de cumplir su palabra a pesar de que tal asunto le concernía solamente a él y no le agradaba la idea de que un niño arriesgara la vida por su persona. Mas, tuvo que acceder y Federico se preparó para ir con el Príncipe Eugenio al castillo.

Al día siguiente el príncipe marchó hacia el castillo acompañado de sus cortesanos. También iban Federico, el perro y el gato. Este castillo se encontraba en un valle cubierto de grandes rocas. La mañana estaba gris y flotaba una espesa neblina. A medida que avanzaban, aumentaban los sollozos de los cortesanos que no podían reprimir sus lágrimas al imaginarse que sería la última vez que verían a su amado príncipe. Este iba aparentemente sereno. Sin embargo,

observándolo mejor, estaba algo pálido y le había cambiado el tono de su voz.

En el pueblo, a Federico le habían regalado algunos víveres y los llevaba en un canasto.

Llegaron frente a un pantano. Más allá se divisaba un castillo en ruinas, de negras y húmedas paredes. La niebla parecía salir de la superficie del agua, y los árboles, con sus ramas retorcidas y sin hojas, parecían implorar al cielo que los librara de ese ambiente de terror y muerte. Unos buitres que estaban posados en una muralla, alzaron el vuelo pausada y silenciosamente. Esto colmó de terror el alma de las mujeres, que empezaron a gemir y algunas se desmayaron.

Después de despedirse de su príncipe, los cortesanos se retiraron cabizbajos como si hubieran ido a enterrarlo al cementerio y regresaron muy silenciosos al pueblo.

El Príncipe Eugenio se quedó solo con sus tres amigos y

después de descansar un rato decidieron explorar las ruinas y sus alrededores. Lo único que encontraron fue oscuros muros semidestruídos por los siglos, huellas de animales salvajes y nada más...

Estuvieron a punto de convencerse de que el cautiverio de la princesa era una farsa creada por la mente simple de los campesinos, pero de todas maneras decidieron pasar la noche allí por si la oscuridad poblada de espíritus y extraños seres, diera alguna claridad a este misterio. Llegó la noche, encendieron una fogata en uno de los patios del castillo e hicieron una exquisita comida con los víveres que le habían regalado a Federico.

La neblina se había disipado y el cielo azul oscuro lucía una hermosa luna llena que iluminaba el tétrico paisaje. Hacía frío, Eugenio y Federico se envolvieron en unas mantas y se quedaron dormidos. Del fuego sólo quedaban las brasas. Fernandín había

trepado a una muralla y había desaparecido. Duende, inquieto por la luna llena, ladraba ante el menor ruido.

De improviso, un bulto saltó al suelo cerca de ellos. Era Fernandín que corría rápidamente hacia el grupo. Duende, que estaba echado, se levantó gimiendo y despertó al príncipe y al niño.

-Alguien viene volando, maulló Fernandín muy nervioso. El perro comenzó a gruñir y a mostrar los dientes y luego, dando largos aullidos miró hacia la Luna

El gran disco amarillento estaba alto en el cielo y Federico observó un puntito negro que hacía contraste con la superficie brillante del planeta; oscilaba y se agrandaba con gran rapidez. Luego fueron tres puntos los que avanzaban a una velocidad vertiginosa hacia donde nuestros amigos. A medida que se acercaban tomaban una forma muy extraña.

-Apaguemos el fuego, dijo Federico y todos actuaron



presurosos echándole tierra húmeda encima.

Pronto los tres puntos se habían transformado en extraños seres alados, eran tres brujas montadas en sus escobas que dando lastimeros gritos, empezaron a descender en lentos círculos y se posaron en una de las ruinosas murallas.

-¡Bien! ¡Bien! -exclamaron satisfechas, parece que hemos llegado a tiempo. Otro príncipe ha venido al pueblo a salvar a la princesa y nos servirá de alimento. ¡Qué agradable es la carne de estos príncipes! ¡Cómo chorrea su sangre azul cuando la comemos!

Federico y sus acompañantes se dieron cuenta entonces de que las tres brujas venían a un festín, ya que una vez muerto el príncipe les serviría de alimento. Eran repugnantes seres devoradores de cadáveres. Duende también comprendió el asunto, porque se le crispó el pelo del dorso y se puso otra vez a gruñir y a mostrar los dientes. Dando pequeños ladridos quiso abalanzarse hacia ellas, pero Federico

lo retuvo y le apretó el hocico para que no ladrara fuerte y los descubrieran.

-La gran puerta se abrirá a la una de la madrugada-dijo una de las brujas-. ¿Qué les parece hermanas que demos una vuelta por el cementerio?, tenemos tiempo aún para que sucedan muchas cosas.

Diciendo esto, echaron a volar nuevamente y se perdieron por encima de un bosque de encinas que había allí cerca.

Así supieron los cuatro personajes de esta historia que la puerta que los iba a conducir hacia la princesa se iba a abrir en algunos momentos más. Todos estaban sumamente nerviosos y Federico tenía deseos de pasearse.

Estaba observando el reflejo de la Luna sobre el paisaje, cuando no muy lejos de allí se oyó un sordo ruido subterráneo y la tierra comenzó a temblar. Algunas piedras de los muros se despeñaron alarmando al niño, mas el temblor no duró mucho y de

pronto una tenue luz celeste se difundió entre las ruinas.

Federico llamó a sus amigos y éstos llegaron corriendo. Muy inquietos y con grandes precauciones se acercaron a la luz y constataron que emergía de un túnel que desembocaba en una de las paredes. Bajaron unas escalinatas y se internaron por él. En el suelo de este largo corredor yacían desparramados huesos humanos y algunos esqueletos estaban todavía con harapos que en otra época habían sido hermosos vestidos. Inmediatamente comprendieron que esos esqueletos pertenecían a los otros príncipes que se habían aventurado antes que ellos. El príncipe Eugenio estaba tembloroso, a Federico le castañeteaban los dientes y los dos animales tenían erizados los pelos.

Caminaron un buen trecho y la luz era cada vez más intensa, hasta que finalmente llegaron a una gran sala iluminada por cincuenta hermosas lámparas. Las paredes estaban cubiertas de finísimos tapices y adornadas con maravillosas pinturas. En el centro había un

sofá con cojines bordados con hilos de oro y piedras preciosas, y en él estaba tendida la princesa más hermosa que jamás nadie había visto. Sus ojos estaban cerrados y respiraba tenuemente como si estuviera profundamente dormida. Sus delicados labios parecían sonreír y su cara estaba pálida y tranquila. Cerca del sofá vieron una pequeña mesa de caoba con incrustaciones de concha de perla y sobre ésta había un precioso laúd de plata con las cuerdas también de este metal, que invitaban a ser pulsadas.

-¡Pronto! -balbuceó Federico. ¡A tocar el laúd! Y se dirigió hacia él.

El príncipe extasiado por la belleza de la princesa no atinaba sino a contemplarla y lentamente fue hacia el instrumento. De pronto las luces principiaron a titilar y a apagarse e instantes después se oyó una música tan extraordinariamente suave y armoniosa que todos quedaron paralizados de felicidad y empezaron a sentir un sueño tan

profundo que se les cerraban los ojos a pesar de hacer esfuerzos enormes por mantenerlos abiertos.

El primero que se desplomó totalmente dormido fue el príncipe; cayó al suelo cuan largo era y quedó inmóvil. La música continuaba y Federico cayó también de bruces, mas, arrastrándose, se acercó penosamente al laúd y trató de pulsar sus cuerdas. En ese momento, de una grieta de la pared, apareció un ratoncito brillante como si estuviera hecho de metal líquido. Brillaba como un pedacito de sol y después de levantarse en sus patitas traseras corrió rápidamente a la mesa del laúd y encaramándose a ella empezó a roer con gran rapidez las cuerdas. Éstas se iban cortando con gran estrépito y Federico aterrorizado se dio cuenta de que el ratón iba a cortarlas todas y el laúd no se iba a poder tocar. Con un gemido de desesperación quiso moverse, pero sus miembros estaban paralizados por un sopor irresistible.

-¡Pronto! ¡Ahora Fernandín! -murmuró desesperado, ¡Vamos!
¡Al ratón!

Fernandín, oyendo la voz de su amo dio un maullido feroz y abalanzándose hacia el ratón que ya estaba royendo la última cuerda, lo atrapó en su hocico y bajó corriendo de la mesita. La tierra empezó a temblar nuevamente y desde el pasillo se oyeron terribles alaridos. Eran las brujas que habían regresado y esperaban darse el gran banquete. Algunas lámparas se balanceaban y se rompían en pedazos cayendo los trozos al suelo con gran estrépito.

Federico entonces pudo mover sus brazos y piernas y arrastrándose llegó junto al laúd y comenzó a pulsar con mucho cuidado la única cuerda que le quedaba, porque ésta estaba deteriorada por los dientes del ratón. La extraña melodía había cesado. El laúd empezó a sonar y la tierra dejó de temblar. Se oían extraños lamentos y las lámparas se encendieron nuevamente. Era tal la

intensidad de su luz que daba la impresión que todo se iba a incendiar. De improviso se abrió una puerta disimulada detrás de un tapiz y entró en escena un perro enorme que parecía echar fuego por los ojos y se abalanzó sobre el gato. Fernandín aterrorizado al ver a este perro gigantesco, trató de subir por las murallas, pero éstas eran resbalosas y su muerte entre las fauces del animal era inminente; pero Duende vino a sacarlo de apuros, porque dando un salto agarró al perro por el cuello y se inició así la pelea de perros más espantosa que el niño jamás había visto.

Se mordían sin compasión. En una de éstas, el perro negro logró zafarse de Duende y se abalanzó hacia el gato indefenso. ¡Pobre Fernandín! Ahora sí que no se libraría, pero el minino, sin soltar al ratón, dio un salto impresionante y trepó por un tapiz, poniéndose así a salvo. Duende seguía luchando valientemente y ya la sangre manchaba el pelaje de ambos animales.

Federico continuaba pulsando el laúd y a medida que lo hacía, la princesa abrió los ojos, el príncipe se despertó y el enorme perro negro comenzó a tomar forma humana, ¡Se había roto el encanto!

Duende cansado ya, mordió en las asentaderas al ser humano que no era otro que el mago, autor del rapto y del encantamiento de la princesa, y ahora éste gemía implorando piedad al sentir los colmillos del perro.

El príncipe y la princesa, al despertarse, se enamoraron profundamente el uno del otro. Él comprendió que se había quedado dormido y que la vida y la felicidad se la debía a sus amiguitos. Mientras tanto el brujo continuaba chillando como un cerdo que fueran a degollar; Duende, a pesar de su cansancio, se estaba divirtiendo al ver a su contendor transformado en un brujo, y muy afligido. Por último, se puso a ladrar y Federico rió a carcajadas junto con el Príncipe Eugenio y la princesa. El encanto se había

transformado en un concierto de risas, y en esto estaban, cuando el gato Fernandín que se mantenía sujeto con sus uñas al tapiz, se vino abajo cayendo encima de la cabeza del brujo. En cuanto al ratoncito brillante, Fernandín se lo había tragado y era extraño ver el vientre del gato iluminado como si fuera la pantalla de una lámpara. Todo esto era muy divertido, quizás debido a la gran tensión emocional que habían pasado horas antes. Tanto rieron que les dolió el vientre, y Duende, con la lengua afuera mirando burlonamente a todos, se reía también, como se ríen los perros.

Esto aprovechó el mago, una vez que se hubo librado del gato, para salir corriendo por el pasillo con los pantalones rotos, pidiendo auxilio a las brujas y encaramándose en una de las escobas partió volando con gran rapidez. La bruja que quedó sin escoba, se montó detrás de una de sus compañeras y todas emprendieron indignadas la persecución del mago.

Eugenio, más sereno, abrazó entonces a Federico haciéndole grandes manifestaciones de gratitud y alborozados salieron todos del largo túnel.

Había amanecido. La mañana estaba brillante y hermosa. La corte había llegado nuevamente, vestida de negro, para darle la última despedida a su príncipe. Estaban rezando, cuando de entre las ruinas del castillo aparecieron nuestros amigos.

Venía el Príncipe Eugenio tomado de la mano de la princesa y Federico correteaba, seguido de su perro y su gato. Duende ladró de alegría al divisar a los cortesanos y éstos, dando gritos de felicidad corrieron hacia ellos. Los nobles se arrodillaban y besaban las manos de los dos jóvenes. Después de mucho regocijo marcharon todos hacia el pueblo para iniciar los festejos de tan grande acontecimiento. Éstos durarían tres meses. Federico fue aclamado y se le consideró bienhechor del Reino.

Capítulo II

EL MISTERIO DE LAS OVEJAS DESAPARECIDAS



u Majestad Tararí Tarará, padre del Príncipe Eugenio, no había querido viajar con su hijo hacia el pueblo. Se había quedado en el palacio, encerrado en su habitación y afectado por una gran melancolía. Al saber la noticia de que Eugenio había sobrevivido en su empresa y que la princesa era hermosísima y tan bondadosa como su hijo, dio un salto de alegría tan grande, que al caer rompió el lecho real y se demoraron bastante tiempo en sacarlo de allí.

Después de un suculento desayuno, ordenó que le inflaran su globo aéreo. Éste le servía para movilizarse cómodamente y a gran velocidad por el reino. Una vez que el globo estuvo listo en el primer patio del castillo, subió dentro de la canasta, acompañado de su

cocinero privado, cuya misión era la de servirle gran cantidad de manjares y diversos vinos en el viaje. Al dar la orden de soltar las amarras, el globo no se elevó porque estaba muy cargado, así es que con gran pesar del monarca, tuvieron que desembarazarse de media docena de pavos, una ternera asada y dos toneles de vino. Entonces el globo empezó a elevarse lentamente, mientras la banda de la guardia del palacio tocaba alegres marchas. El Rey Tararí Tarará se despidió de sus súbditos palaciegos con una sonrisa bonachona en sus mofletudos labios.

Pronto sopló el viento que los llevaría al pueblo y después de varias horas de viaje, atravesando bosques, montañas y lagos, divisaron la aldea, toda engalanada y los festejos que en ella se hacían. El cocinero de Tararí le aconsejó terminar con los víveres porque pronto iban a descender y mientras el rey comía y bebía, el globo empezó a bajar sobre el pueblo. Así aterrizaron con gran estrépito



sobre unos jardines donde se celebraba un banquete. Allí fue recibido con gran alegría de todos porque era un rey muy bondadoso y querido por su pueblo. La glotonería era su único defecto, pero, díganme ustedes ¿quién no tiene un defecto? El hecho fue que el rey y su cocinero tuvieron que ser sacados del canasto, pues habían comido tanto que no se podían mover. Esto no fue obstáculo para que su Majestad expresara la fatiga del viaje, el apetito que el aire de las alturas le había provocado y la felicidad de aterrizar, justo en el banquete, donde estaba su hijo. Tenía muchos deseos de verlo, de conocer a la princesa y además, de alimentarse un poco...

Empezó nuestro obeso Rey Tararí a comer con tanta voracidad que sólo de verlo se sentía un hambre incontrolable. Las risas y los brindis llenaban el ambiente y había que hablar en alta voz para hacerse oír.

Los perros de la corte rondaban por entre las mesas donde

recibían pedazos de pan y huesos que los nobles y las damas cogían de los platos. Duende, que estaba cerca de Federico, no se hacía de rogar y cuando lo miré, afirmaba una chuleta entre sus dos patas para sacarle la carne. Fernandín estaba en la falda del niño y de vez en cuando posaba sus dos patitas delanteras encima del mantel, levantaba bien tiesa la cola y se ponía a ronronear. Eso quería decir que estaba contento y tenía hambre y Federico le dio pan con miel en un plato. De improvisto el rey frunció el ceño y preguntó por qué no había carne de cordero en las bandejas.

-¡Ah, señor! -respondió el Alcalde del pueblo -hace ya muchos años que nadie por estos lugares come carne de cordero. Una gran desgracia ocurre a los pastores que se dedican a criar ovejas. Desaparecen ellos con todo su rebaño.

-¿A qué se debe esto? -preguntó el rey.

-Nadie lo sabe -prosiguió el Alcalde- se internan por esas

montañas que ves al frente y no vuelven. Justamente un hermano mío desapareció en esa forma. Sus ovejas empezaron a perderse, una tras otra y creyendo que se trataba de un lobo o un ladrón que se las robaba se internó por esas alturas y hasta hoy no ha regresado.

Tengo la impresión -dijo el rey- que sobre esas montañas, a gran altura, hay mesetas donde crece el pasto en terreno plano; me pareció divisarlas entre las nubes cuando me dirigía hacia acá. ¿Qué os parece, Alcalde, que eche nuevamente un vistazo a esas cimas en mi globo aéreo, ahora que sopla un viento propicio?

-¡No hagáis tal cosa, Majestad!, exclamó el Alcalde alzando los brazos, -el que va a esas llanuras no regresa. Se lo digo yo porque he nacido aquí y he vivido sesenta años en esta aldea sin tener nunca una noticia de los desaparecidos, que no son pocos.

-Mayor razón -dijo Tararí- para que yo vaya en mi globo a ver qué ha sido de ellos. Seguramente debe haber algún mal paso en la

montaña o un precipicio que yo lo salvaré fácilmente navegando por el aire. Y levantándose de su trono, hizo callar a los asistentes, explicó sus planes y anunció que partiría inmediatamente en busca de los desaparecidos... Una vez que le sirvieran el postre.

Esto produjo consternación en los presentes, porque ya conocían esta historia misteriosa que venía repitiéndose hacía muchos años. Así pues, fue servido el postre al rey y se dieron órdenes de inflar el globo aéreo que era de múltiples y vivos colores. Una vez hechas estas cosas, se subió Tararí al canasto y con un gesto de su mano se cortaron las amarras y el globo comenzó a ascender. Los que quedaron en tierra lo despidieron con gran respeto. Las mujeres agitaron sus pañuelos y los hombres sus sombreros con plumas.

Su Majestad estaba feliz con esta nueva aventura y sacando él también un pañuelo de encajes de la manga, lo sacudió en señal de gratitud hacia sus cortesanos.

El globo se alejó rápidamente y se dirigió a las montañas. Pronto se vio muy chico y se perdió de vista.

Volvieron todos a sus puestos en las mesas y otros se fueron de paseo por los alrededores. Mas, Federico no hizo ninguna de las dos cosas; su rostro reflejaba un sombrío pensamiento que luego se lo comunicó al príncipe, pero éste estaba tan feliz con su princesa que no le dio importancia a las preocupaciones del niño.

Semanas después se confirmaban los temores de nuestro héroe; Su Majestad Tararí Tarará no regresó y nadie tuvo dudas de que había muerto igual que los otros pastores que se habían dirigido hacia esos misteriosos lugares. Todos estaban arrepentidos de haberlo dejado ir y Federico, que se había encariñado mucho con el simpático monarca, decidió ir a buscarlo aunque le costara la vida a él también.

Así se lo comunicó a sus dos animales, y los tres inseparables amigos decidieron partir al día siguiente por la mañana.

EL EXTRAÑO PASTOR IRACUNDO

Federico se equipó con un morral y una cantimplora y comenzó la ascensión a las montañas para ir a buscar a Su Majestad Tararí. En los faldeos de éstas había un bosque de inmensas encinas. Los tres aventureros siguieron un sendero que atravesaba el bosque y luego serpenteaba entre matorrales y rocas. Pronto ganaron altura y ya sólo había olorosos arbustos que crecían en las quebradas.

Ascendieron durante todo el día y en la tarde, divisaron en el valle las minúsculas casitas que formaban el pueblo. Más allá se veía el mar, las dunas de arena y una playa larguísima. Después de un buen descanso continuaron escalando las rocas y esto era muy difícil porque ya no existía el sendero y la pendiente era muy escarpada. Federico estaba muy cansado y apenas podía continuar trepando. Pasaban las horas. El Sol se escondía en el mar y bañaba el cielo de un

tinte rojizo. Las rocas de la montaña se veían majestuosas y oscuras. La comida se había terminado y casi no quedaba agua en la cantimplora. La situación era cada vez más difícil, pronto iba a anochecer y el niño no encontraba un lugar donde sentarse ni menos tenderse a dormir.

Federico estaba afligido y tenía inmensos deseos de regresar. Estaba aferrado a una roca, descansando, cuando oyó una música que venía cerca de ahí. Parecía que alguien más arriba estaba tocando una gaita. Duende se puso a aullar lastimeramente y Federico, enojado, lo hizo callar para escuchar de dónde venía esta inesperada melodía. Si alguien está tocando un instrumento, -pensó el niño- quiere decir que hay un terreno plano donde dormir y creo que debo estar cerca de esas llanuras que han descrito. A pesar de que oscurecía rápidamente, pues el Sol ya se había escondido, hizo un último esfuerzo y continuó ascendiendo.

En realidad no se había equivocado, porque algunos metros más arriba llegó a una superficie de terreno plana de gran extensión y cubierta de pasto. Era de noche y una fina niebla no dejaba ver más allá. La gaita seguía tocando, ahora algo lejana y el niño decidió dirigirse hacia el lugar donde provenía la música. Soplaba una fría brisa y la neblina corría y avanzaba muy densa. Todo era muy oscuro; de improviso oyó un gran ruido de pisadas que se acercaba hacia ellos. La melodía también se sentía más cerca y Federico se paralizó de miedo.

Inesperadamente la niebla se disipó por algunos momentos y el niño vio un cuantioso rebaño de ovejas que pasaba en esos instantes rodeándolos en todas direcciones. Sobresalía de ese gran número, un asno negro que iba al trote y montado en él, Federico divisó a un pastor vestido de negro también, que tocaba una gaita. Este era el músico que se hacía oír en esas soledades. Usaba un gorro

de piel. Sus manos eran delgadas y huesudas y su rostro pálido, cubierto de una espesa barba gris, sólo dejaba ver dos ojos fieros y brillantes. Pasó cerca del niño y lo miró con gran ira, pero no dejó de tocar la gaita y súbitamente desapareció en la niebla. Cerca de él ladraban tres enormes perros negros y el ruido de las pisadas del rebaño de ovejas fue disminuyendo hasta que todo quedó en silencio alrededor de nuestros aventureros. La fría niebla seguía escurriéndose a ras del suelo y después de algunas horas también disminuyó hasta desaparecer.

Entonces Federico pudo observar que se encontraba en una inmensa llanura rodeada en parte por montañas que brillaban bajo el silencio de la noche estrellada. En el suelo se veían las huellas de las ovejas y el niño decidió seguirles la pista; pensó que este extraño personaje algo tendría que ver con el robo de las ovejas del pueblo.

Caminó toda la noche y al amanecer fue tanto el cansancio,



que se tendió en el suelo y se quedó profundamente dormido. Soñó con su madre y era un buen sueño. Lo reprendía por haberse acostado en la pradera estando resfriado. Federico le explicaba que había ido en busca de las ovejas y de los pastores desaparecidos. La mamá movía la cabeza con resignación y luego de abrigarlo con una sobrecama de piel, le aconsejaba que se portara como un niño y no como un hombre grande. No olvides esto -le decía- y lo besaba en la frente. Federico ya no sentía frío y siguió durmiendo sin soñar nada.

Estaba el Sol bien alto cuando despertó. En realidad no había sentido frío porque había dormido junto a su perro y éste lo había protegido con su pelaje. A Federico se le quedaron grabadas la palabras que le había dicho mamá en el sueño, "pórtate como un niño y no como un hombre grande", mas no las comprendió y encogiéndose de hombros pensó que serían esas imágenes sin sentido que se hacen presente en los sueños.

Continuaron caminando esa mañana tras las huellas dejadas por el rebaño y vieron que se dirigían a un gran montículo de vivos colores que sobresalía solitario en el campo raso. A medida que se acercaban, el objeto les era más familiar y cuando estuvieron al lado de él, Federico reconoció que era el globo aéreo de Su Majestad Tararí que yacía semidesinflado en el pasto. El rey no se encontraba por parte alguna. Dentro del canasto de navegación descubrieron agua y gran cantidad de sabrosos víveres muy bien conservados. El niño y los dos animales saciaron su sed y hambre y se acostaron en el fondo del canasto a dormir. Así pasaron muchas horas y despertaron más repuestos de la agotadora jornada. De improviso, Duende se levantó violentamente y comenzó a olfatear el aire. Alguien venía. En realidad, a lo lejos se divisaba el rebaño con el pastor que se dirigía hacia el lugar donde estaban ellos. Pronto estuvo cerca. Duende empezó a gruñir y asomando la cabeza por la borda del canasto se puso

a ladrar furiosamente. Los perros negros aullaban de rabia y mostraban los colmillos. A Federico le temblaba todo el cuerpo. El misterioso y flaco pastor se apeó del asno y acariciando a sus perros los hizo callar; luego le preguntó al niño qué estaba haciendo en esos parajes desconocidos y si acaso le había pedido permiso a él para transitar por allí. Federico no escuchó con agrado estas palabras y frunciendo el ceño respondió que andaba en busca de un rey que se había perdido en esas praderas. El pastor lo observó fijamente y se puso a reír a carcajadas, en una forma tan disonante que al gato Fernandín se le erizó el lomo. Las ovejas empezaron a balar lastimeramente y los perros nuevamente se enfurecieron y les dieron dentelladas.

Atardecía y oscuras nubes cruzaban el cielo amenazando lluvia. En efecto, comenzaron a caer algunos goterones y el pastor, dejando de reír dijo: Bien, bien, me eres simpático pequeño, ¿te

gustaría ayudarme a cuidar estas ovejas?

Federico lo miró con enojo y desdeñosamente se encogió de hombros sin decirle ni que sí ni que no. El pastor lo miró iracundo, parecía echar fuego por los ojos, pero serenándose y dándole unos golpecitos en la espalda, sonrió y le dijo que serían buenos amigos. Mientras hacía esto, sacó una bota de vino de su cintura y destapándola se puso a beber. ¡Como caía el chorro sobre sus dientes y salpicaba sus barbas grises! Era un vino maravilloso, rojo púrpura, brillante y cristalino. Parecía dulce e invitaba a beberlo. Cuando terminó, el pastor estiró el brazo ofreciéndoselo a Federico y le dijo: ¡Vamos, bebe un poco, es exquisito! Federico recibió la bota e iba a beber cuando oyó que el pastor le decía nuevamente, "¡Bebe para que te hagas hombre!". La frase le impresionó mucho sin haber motivo para ello. Entonces recordó el sueño que había tenido la noche anterior y los consejos de su madre: "Compórtate como un niño y no como un

hombre grande". Federico se detuvo y una clara idea surgió en su mente, pensó que los niños no beben vino y si lo hacen en alguna ocasión, solamente beben una pequeñísima cantidad, mezclado con agua a las horas de las comidas y como ya había comido, decidió no beber y le devolvió la bota al pastor. El viejo ante este gesto tuvo un ataque de rabia y levantando su rostro y los brazos al cielo, comenzó a dar gritos e insultos.

Era ya de noche y del negro cielo cubierto de espesas nubes brotó un relámpago que iluminó la comarca. Los truenos inundaron el espacio y comenzó a llover torrencialmente. El viejo pastor seguía gritando y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. De improviso, cogiendo a Federico del cuello, le metió el gollete de la bota de vino en la boca y lo hizo tragar a la fuerza. El niño se defendía, pero era tan difícil la situación en que se encontraba, que no podía dejar de tragar un poco de licor; éste se le escurría por los dientes y le

salía por la nariz. Duende ladraba furioso y sin poder contenerse se abalanzó hacia el pastor y le mordió una pierna. El viejo lanzó un aullido y cayó al suelo tratando de librarse de los dientes del perro. Federico sintió un calor extraño en el cuerpo y vio con terror que de su piel le brotaba una espesa lana de oveja al mismo tiempo que lo pies se le achicaban y se transformaban en pezuñas. Quiso azuzar a su perro pero emitió un grito inteligible parecido al balido de un cordero. La bota había saltado lejos y el vino se había derramado en el suelo. Seguían los truenos y los relámpagos alumbrando la terrible escena y de improviso, la lana que le había salido al niño comenzó a desaparecer y los pies volvieron a su forma normal. Pero ¡cosa asombrosa! Las demás ovejas y el asno también comenzaron a adquirir forma humana y después de algunos instantes todo el rebaño se había convertido en una muchedumbre que aclamaba a Federico por haberlos librado de este encantamiento. Entre ellos estaba Su

Majestad Tararí que, habiendo sido transformado por el pastor días atrás, en un grueso cordero lanudo, volvía nuevamente a su forma primitiva. Entonces abrazando al niño, lo besó y le dio las gracias en nombre de todos los allí presente.

Federico no comprendía bien lo que había pasado. Entonces le explicaron que el extraño pastor era el mismo brujo que había encantado a la princesa en el castillo y que vagaba por estas praderas robándole las ovejas a los pastores. Éstos al ir en su búsqueda se encontraban con él, y demostrando una falsa amistad, les ofrecía el vino de la bota cuyo contenido era un elixir mágico que los convertía en corderos. Ninguno de estos hombres se había negado a beber un trago y era lo más natural, solamente un niño había sido capaz de no hacerlo, rompiendo así inmediatamente todo el sortilegio.

Era tanta la felicidad de sentirse nuevamente libres que nadie se preocupó del mago y cuando Federico lo fue a buscar, el brujo había

desaparecido con sus tres perros negros, montado en uno de ellos.

A la mañana siguiente se formaron grupos de pastores para ir en busca de las ovejas robadas por el brujo y después de repetidas pesquisas, encontraron varios cientos de ellas en diferentes corrales construidos en las praderas. Algunos pastores bajaron inmediatamente al pueblo porque hacía muchos años que no veían a sus esposas e hijos y al saberse allá abajo esta gran noticia, hubo nuevamente gran alboroto. Inmediatamente se alistó un escuadrón de oficiales de caballería para que salieran en busca del rey que se encontraba en las altas praderas. El escuadrón partió esa mañana al mando del General Upa, viejo guerrero de Su Majestad.

El General Upa, después de acariciar sus blancas y frondosas patillas, desenvainó el sable y dando una voz de partida salieron del pueblo a trote ligero.

Ese día al atardecer llegó Upa arriba con sus soldados y luego

de saludar militarmente a Su Majestad, lo abrazó muy emocionado de verlo nuevamente en calidad de rey y no de cordero lanudo. Los pastores habían llegado con sus ovejas, que ya eran varios miles, pues se habían encontrado más por los montes. Balaban los corderos y relinchaban los caballos del regimiento de Upa y todos estaban muy contentos. Pronto se encendieron fogatas y se asaron algunos corderos. Soldados y pastores compartieron esa noche una apetitosa comida.

Federico era el héroe de la jornada y todo el mundo se dirigía a él con frases cariñosas. Una vez saciado el intenso apetito que daban esas alturas y bebiendo vino traído por los soldados, se echaron a dormir para iniciar la jornada a la mañana siguiente con el arreo del gran rebaño de ovejas.

En efecto, al otro día partieron y cuál no sería la sorpresa de todos, cuando Federico decidió no bajar con ellos porque deseaba

explorar esas desoladas praderas. Fue tal la obstinación del niño, que tuvieron que partir sin él y esta actitud muy pocos la comprendieron.

Lo que sucedió allí, mañana se los voy a contar y es una de las historias más extrañas que ustedes oirán.

BUENAS NOCHES.

Capítulo III

EL CASTILLO DE LOS TRES ARCHIPRÍNCIPES Y DE LOS TRES ARCHIDUQUES

Ya hacía tres días que Federico estaba en esas alturas y no se había aburrido ni se sentía solo. A pesar de no tener a ningún ser humano alrededor de él, estaba en compañía del alegre y franco amigo Duende y de su gato encantado. ¿Quién podía sentirse solitario? Y así los tres amigos se dirigieron hacia una región desconocida para los seres humanos por un sendero que ascendía por una colina.

El Sol brillaba intensamente a pesar de que sus rayos no calentaban y del cielo radiante parecía salir una grandiosa música como si los ángeles estuvieran cantando e indicaran hacia la tierra con sus finas y blancas manos, que allá abajo, por ese minúsculo

sendero, que serpenteaba y ascendía, iba uno de ellos, un pequeño de pelo rojo, que había perdido sus alas y venía a pedirle otras nuevas a sus hermanos mayores. El coro de voces terminó y algunas nubes se formaron de la nada en el cielo azul. Federico alzó la cabeza y contempló cómo aparecía un puntito blanco, luego se transformaba en una pequeña nubecilla y ésta se iba agrandando y adquiría la consistencia de una espesa nube blanca que se unía a otras. "Estoy justo debajo de la fábrica de nubes" pensó, "de aquí deben repartirse por todo el mundo", y siguió caminando por el sendero hasta un bosquecillo de arbustos. Al cabo de un trecho, el bosquecillo se transformó en un bosque de árboles altos de oscura corteza. Sus ramas carecían de hojas y el suelo estaba cubierto de nieve.

Era hermoso observar el cielo, ahora nublado y los árboles desnudos que le daban un colorido azul a la nieve. El negro sendero se internaba por el bosque y parecía no terminar. De improviso, Duende

levantó las orejas y se quedó inmóvil mirando algo que había cerca de allí. En efecto, de entre los árboles apareció un zorro plateado muy hermoso. Observó algunos segundos a los visitantes y luego desapareció entre los troncos. Había sido tan fugaz la hermosa aparición que Federico, refregándose los ojos, tuvo que hacer un esfuerzo para pensar si no había sido una fantasía, mas Duende, dando un ladrido, echó a correr por donde había aparecido el zorro y se internó en el bosque.

Federico y el gato corrieron a ese lugar y en la nieve observaron las huellas de los dos animales. Siguieron la pista por entre los árboles y después de varias horas de búsqueda fue imposible encontrar a Duende. En balde el niño lo llamó y silbó en repetidas ocasiones, no apareció y lo dio por perdido.

Nuevamente encontraron el sendero; las huellas lo habían cruzado varias veces y ahora seguían por él.

Hacía mucho frío, Federico tiritaba y su aliento se transformaba en una nubecilla blanca al salir de su boca. Reinaba el silencio en esa región. Solamente se oía el crujido de las pisadas en la nieve y el goteo del agua al caer de algunas ramas. El niño iba pensando en su perro y en aquel zorro tan parecido a los que su mamá guardaba en el ropero. Esos zorros plateados, con su pelaje oscuro bruñido de blanco, ¡tan suave! Le agradaba pasar sus mejillas por ellos y escobillarse la cara con sus colas. Sus ojos de vidrio parecían sonreír y de sus hocicos puntiagudos con su nariz arrugada como una ciruela seca, partía un broche de carey que servía para sujetarlos. Sus patitas eran también muy suaves y sus uñas enormes y afiladas. Mamá se los ponía en las noches de invierno cuando iba a una fiesta o a la ópera con papá. A Federico le gustaba observarla cuando se arreglaba en el espejo, pues olía muy bien a finos perfumes y se veía muy linda. El niño recordaba todo esto y pensó que el zorro plateado que había

divisado entre los árboles, era mucho más hermoso porque era un zorro vivo. En esto iba cavilando, cuando el sendero se bifurcó; allí había un letrero que señalaba las dos direcciones. En una tabla se leía: "Hacia el Castillo de los Tres Archiduques" y en otra: "Hacia el Castillo de los Tres Archipríncipes".

Federico quedó pensativo. El letrero era tentador para ambos lados y decidió ir primero hacia el Castillo de los Archipríncipes para después, si no encontraba a Duende allí, visitar el de los Archiduques.

Un búho estaba encaramado en una rama cerca del letrero; principió a ulular y Federico se acercó a él para observarlo con mayor detención. Su plumaje era café claro con pintas negras y blancas y sus grandes ojos miraban fijamente hacia adelante. Al ver a Federico, erizó las plumas y cerrando ambos ojos se hizo el que dormía. El niño se puso a reír y el pájaro abrió un ojo y lo volvió a cerrar rápidamente al darse cuenta de que lo seguían observando. Federico, ahora serio, le

preguntó si había visto a su perro Duende y hacia dónde se había dirigido. El búho abrió los ojos y mirándolo como si estuviera asustado le dijo que lo había visto pasar hacia el Castillo de los Tres Archipríncipes.

-Es nombre muy curioso el de tu perro -exclamó el búho, -¿qué significa?

Me imagino que puede ser un gnomo o un enanito-contestó Federico.

-¡Oh!, respondió el búho, frunciendo las cejas. Me parece muy original, muy original... ¡Hum! Bueno, ya es de día, es hora de irse a dormir, he trasnochado desde ayer para atrapar solamente un miserable ratoncillo. Cómo están las cosas en esta época, cada vez más escasas y difíciles de encontrar.

-Dime búho -antes de que te vayas a dormir -¿qué hay en esos castillos?, preguntó Federico.

-No lo sé -dijo el búho -sacudiendo su plumaje, nunca lo he sabido. Creo que viven tres zorros en uno de ellos, pues los he visto en el interior al mirar por una de las ventanas cerca del tejado. ¡Allí adentro ocurren cosas muy extrañas!, a pesar de que siempre se ve el castillo tan solitario. Bueno, se hace tarde. Adiós niño, buenos días. Y diciendo esto echó a volar silenciosamente y desapareció por entre las ramas de los árboles. Federico lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista y luego invitando a Fernandín, continuaron por el camino de los Archipríncipes.

-¡Qué búho más repugnante! -murmuró el gato-. Comedor de ratones, ¡qué asco!

Federico sonrió y no hizo comentarios; sabía que los ratones eran detestados por su gato regalón. Continuaron caminando un corto trecho, cuando divisaron en un claro del bosque un castillo que se erguía frente a ellos. Éste no era muy grande y estaba construido con



pedras grises. Sus ventanas estaban hechas con vitrales y tenía una puerta de madera. En las gradas frente a la puerta, estaba echado Duende y al verlo movió la cola alegremente y los fue a recibir. Federico lo abrazó con gran felicidad pues creía que su perro se había perdido definitivamente.

El patio frente al castillo era muy húmedo. El musgo verde crecía en los rincones y subía por las paredes. Encima del arco, había tres cabezas de zorros hermosamente esculpidas.

El niño decidió entrar al castillo. Hacía mucho frío afuera, y golpeando con una argolla de hierro que había en la puerta llamó en repetidas ocasiones, mas nadie acudió al llamado. Entonces decidió empujar una de las hojas de la puerta y ésta se abrió con gran dificultad.

El castillo en su interior era tan frío y silencioso como el paisaje de afuera. Parecía deshabitado. El niño llegó a una sala

iluminada tenuemente por ventanas de vidrios opacos, de color gris y rosa con ribetes verdes. El suelo estaba cubierto de blancas y relucientes baldosas y los pasos de Federico retumbaban en las oscuras murallas.

Más allá había una fuente de mármol con un surtidor del cual salía un débil chorro de agua que se hacía oír tristemente en el ambiente. ¡Qué lúgubre era todo esto! El niño sintió más frío aún. Después de todo, el paisaje de afuera tenía árboles y el aire era más puro. Al mirar la luz tenue de las ventanas opacas pensó que se había introducido en un mausoleo o en un misterioso templo.

Intranquilo ante el silencio y la frialdad reinante, Federico no se contuvo más y gritó: ¿Hay alguien aquíiii...? Su voz retumbó muy fuerte por la sala y el eco se la devolvió multiplicada en un coro de cientos de voces entremezcladas que dieron un aspecto más pavoroso al lugar. Luego las voces se extinguieron y quedó en el aire un extraño

sonido como si hubieran golpeado las cuerdas de un piano gigantesco. El sonido también disminuyó lentamente y sólo quedó el ruido del agua del surtidor de la fuente.

Federico, aterrado, se acercó a su perro y tomándole la cola a Fernandín comenzó a buscar la puerta de salida, pero ésta había desaparecido en la oscuridad de las negras paredes. Avanzó entonces hacia la fuente y mirando las cristalinas aguas pudo constatar que no había ningún pez rojo, ni siquiera una planta acuática que le diera indicios de vida. Poco a poco se había ido acostumbrando a la penumbra y se dio cuenta de que la sala donde estaba era inmensa, mucho más grande que el propio castillo que había visto desde afuera. No pudo comprender el extraño fenómeno y como vio que estaba en uno de los puntos centrales de este misterioso ambiente, decidió esconderse en un rincón oscuro y observar si venía o pasaba alguien por allí.

Y así fue cómo Federico se sentó en el suelo, afirmándose en una pared, y se abrazó a su dos amigos.

Continuaba con frío y tenía mucho sueño. Se tendió en las baldosas y se quedó dormido. Cuando despertó, era de noche y la sala estaba iluminada por una inmensa lámpara araña de bronce que pendía del techo. Federico no se había fijado en ella horas atrás y tenía casi la seguridad de que no estaba cuando había llegado a la sala.

De improviso se oyeron unas pisadas sobre las baldosas, como las de un animalito que tiene uñas, y del fondo de la sala, donde había unas cortinas rojas oscuras, Federico observó que venía el zorro plateado; éste se dirigía hacia la fuente. Duende se irguió con violencia y quiso correr hacia él, pero Federico lo hizo callar, apretándole el hocico y lo abrazó enérgicamente contra su cuerpo. El perro quiso ladrar pero sólo pudo emitir pequeños gritos algo gangosos. Respiraba trabajosamente y por entre los dientes se le salió

la punta de la lengua. Pobre perro, ¡lo tenían sujeto tan firme! Luego se tranquilizó y Federico lo dejó respirar libremente. El zorro había llegado a la fuente y miraba hacia diversos lados como si percibiera un peligro; se puso a bostezar (como bostezan los zorros) y se sentó en el borde de ella.

Instantes después, se oyeron nuevamente ruidos de pisadas sobre las baldosas y aparecieron otros dos zorros plateados que llegaron frente al primero y también se sentaron. "Estos deben ser los Tres Archipríncipes", pensó Federico.

Se saludaron con una ceremoniosa inclinación de cabeza y el primer zorro les habló de la siguiente manera:

¡Hermanos! Nuevamente estamos en nuestra casa, reunidos después de prolongados viajes. He aquí nuestro hogar, la antesala del eterno paisaje donde todas las almas de los animales que ya no existen en la Tierra, tienen que pasar antes de dirigirse al Creador.

Demos gracias a Él por habernos destinado a este honorífico puesto, ya que podría habérselo dado a miles de otros que pasan constantemente por aquí y sus pieles se guardan en los roperos o vitrinas de las tiendas de las grandes ciudades.

Luego prosiguió:

Alguien ha entrado en nuestra mansión, no sé acaso tenga derecho a visitarla. Dos son animales vivos, pero encantados y el tercero es un inocente niño. ¿Qué opinan ustedes?

Uno de los zorros dijo: Los niños son los elegidos de Dios y creo que ellos pueden ir a cualquier parte donde se manifieste la presencia de nuestro Creador. En cuanto a los dos animales, solamente uno de ellos es encantado, es el gato, el otro es un perro de carne y hueso, algo más de hueso que carne, pues está muy flaco. No es espíritu ni está encantado, pero acompaña al niño, lo protege y abriga en las frías noches y debe continuar con él.

Los tres aludidos que estaban escuchando esto, desde el oscuro rincón, se miraron asombrados y se pusieron a reír. Como habían sido descubiertos, avanzaron hacia los zorros, pero éstos habían desaparecido.

Federico decidió explorar la inmensa sala iluminada por las bujías de la gigantesca lámpara y se dirigió hacia los cortinajes rojos donde había aparecido el primer zorro. Al otro lado había un puente sin barandas, con adornos amarillos, que llegaba a un especie de islote dorado. Éste tenía una forma rectangular, como un escudo de armas. A él llegaban tres puentes más que provenían de otros islotes. Y así, existía un número extraordinario de islotes unidos por cuatro puentes formando de esta manera una verdadera red. Los islotes sobresalían a escasos metros de un suelo azul oscuro como el terciopelo. Federico se paseó por algunos puentes y llegó a varios de los islotes.

Estaba observando esta red, que parecía el dibujo de una

gigantesca alfombra, cuando notó que sus dos amigos, Fernandín y Duende habían desaparecido. Empezó a llamarlos pero no se divisaban por parte alguna. "Han saltado al fondo azul", pensó Federico y encogiéndose de hombros siguió caminando.

En esto estaba, cuando vio a un objeto blanco que se dirigía rápidamente por uno de los puentes hacia él. Medía unos dos metros y tenía la forma de un poste o un palitroque. Era ancho en su base y con una cabeza redonda en el extremo superior.

Se acercó velozmente y llegó frente al niño que, aterrorizado por la imagen, no podía moverse y le cerraba el paso. El objeto se detuvo jadeando y le dijo muy asustado: ¡La Reina, la Reina Blanca, la van a matar! Federico al percatarse de que este objeto era inofensivo se serenó y le preguntó: ¿A qué Reina te refieres?, pero el objeto gemía y continuaba inquieto sin contestarle la pregunta. Federico seguía observándolo y se dio cuenta de que se asemejaba a un peón de

ajedrez y pensó que la Reina sería otra pieza del juego al que pertenecía este objeto. Iba a hacerle otra pregunta, pero ya el peón avanzaba por otro de los puentes y se dirigía a gran velocidad hacia algún sitio determinado donde se perdió de vista.

Federico continuó su recorrido y encontró un lugar donde los puentes llegaban a una pared de yeso pintada marrón oscura. Era altísima y desaparecía en las sombras. Uno de estos puentes terminaba en una pequeña puerta disimulada en la pared. Federico se dirigió hacia la puerta, la abrió y entró al palco de un gran teatro; éste estaba adornado de terciopelo rojo y pinturas doradas. En el palco estaban sentados su perro Duende y el gato Fernandín. Cuando lo vieron entrar le hicieron una señal de silencio con sus patas y el niño, acercándose a ellos en puntillas, observó que el escenario estaba iluminado y en él había una orquesta de animales que tocaba una cadenciosa melodía.

En la platea, ¡cosa extraña! No había platea sino unas baldosas



blancas y negras y en ellas, unas enormes piezas de ajedrez estaban jugando. En los demás palcos había toda clase de animales que observaban en silencio la partida.

-¡Qué juego más raro!, le dijo Federico a Duende. El perro parecía como hipnotizado y Fernandín acercándose al niño le dijo al oído:

Estamos observando la Gran Partida, donde juegan la blanca vida con la negra muerte.

En esos instantes, la pieza blanca que representaba la Reina, principió a gemir lastimeramente. Se puso a llorar a gritos y se desmayó; entonces la sacaron de allí varias piezas blancas que estaban en el extremo del piso de baldosas debajo de los palcos. Fue impresionante ver cómo arrastraron a la Reina desmayada. Hubo un murmullo general de todos los animales reunidos y un caballo negro que estaba entre las piezas que jugaban ¡relinchó de gozo!

Todo esto era desconcertante, Federico sentía mareos y le dolía la cabeza. Vámonos de aquí -le dijo a sus animales y abriendo nuevamente la puertezuela salieron. Afuera ya no existían los puentes, sino que había una oscuridad completa y mucho frío.

Poco a poco se acostumbraron a la oscuridad y se dieron cuenta de que estaban afuera, en un costado del Castillo de los Archipríncipes. Amanecía y la luz del alba contrastaba con las negras ramas de los desnudos árboles y hacía brillar la blanca nieve.

Qué cosas más extrañas hemos visto en este castillo, repitió el niño. Menos mal que estamos fuera de él, pues no comprendí en absoluto las misteriosas escenas que sucedieron en su interior.

Más vale así -repuso Fernandín, yo tampoco he comprendido mucho y creo que los misterios que ocurren en el interior de este castillo, ningún ser humano los comprendería porque no son para el entendimiento de los seres vivos.

Se alejaron del castillo caminando por el bosque y llegaron muy cerca de allí a otro castillo de piedras café rojizas y oscuras; éste era más pequeño que el anterior y tenía un escudo en la portada, similar al otro, pero con tres cabezas de armadillos.

-¿Qué les parece que entremos aquí? -preguntó Federico y sin pensarlo más, empujó la puerta y ésta se abrió haciendo rechinar sus tenebrosos goznes.

También en el interior reinaba la oscuridad; estaba relleno hasta el techo de viejos muebles de toda especie, y se veían cubiertos por una gruesa capa de polvo. Había sillas, escritorios, mesas, paraguas, estantes con libros, ruedas, etc... parecía una bodega de una antigua casa de remate. Al fondo se vislumbraba una claridad y Federico escalando entre los muebles se dirigió hacia allá. Después de encaramarse y mirar, pudo apreciar que los muebles y objetos se arrumbaban formando una extensión inapreciable que se perdía en un



horizonte luminoso. El niño pensó que caminar por tantos trastos viejos hacia ese horizonte sería muy dificultoso y algo de nunca acabar; decidió volver sobre sus pasos y salir al exterior. Así lo hizo y le contó a sus amigos lo que había visto en el interior del pequeño castillo de piedra roja. Le llamó la atención nuevamente la gran desproporción entre la perspectiva de adentro y el tamaño reducido del edificio. ¡Otro misterio más! pensó, y echando a correr, saltando primero en un pie y después en el otro se alejó de los castillos. Duende lo seguía de cerca gruñendo alegremente y tratando de morderle los tobillos. Fernandín, para no quedarse atrás, tuvo que correr también, con su cola bien parada y refunfuñando, porque a los gatos no les agrada correr, se sienten un poco ridículos.

Al cabo de un rato, se detuvieron y se pusieron a descansar; de repente a Federico le vino una idea. Algo había entendido de lo que hablaron los zorros plateados y se imaginó que así como llegaba el

alma de todos los animales a ese castillo, también llegaban al Castillo de los Tres Archidukes, los espíritus de todos los muebles y demás objetos inanimados, cuando éstos ya no servían. Mas, sólo fue una idea y así como vino a la mente, así se fue también a toda prisa, y la olvidó por completo.

Continuaron caminando por el sendero del bosque y era medio día cuando llegaron nuevamente a la pradera.

Federico tenía hambre y decidió bajar al pueblo para reponerse de sus aventuras. Empezaron el descenso de inmediato y atardecía cuando llegaron al pueblo. Éste seguía de fiesta por el regreso de Su Majestad Tararí. Cuando divisaron al niño hubo una gran alegría, todos lo rodearon inmediatamente, lo levantaron en andas y se dirigieron a donde estaba el rey y su corte.

Siguieron los festejos. En realidad, las fiestas se sucedían una tras otra porque nunca faltaba un motivo; aunque pensándolo bien, los

motivos de celebración eran todos de enorme importancia. Hubo un nuevo banquete para celebrar el regreso de Federico y en discursos solemnes pero cortos, el Príncipe Eugenio, el General Upa y Su Majestad, elogiaron calurosamente al niño héroe.

Tararí Tarará le ofreció al niño enormes riquezas, mas Federico no era amigo de ellas y eligió en cambio ¿saben qué? ¡Un cordero!

¡Un cordero!... Muchos rieron a carcajadas y otros se apresuraron a rogarle de que desistiera de tamaña tontería. ¡Si ahora no había otra cosa que corderos por el pueblo! ¡Eran miles! Se metían a las casas, se abalanzaban al mercado estropeándolo todo y en las plazas se comían las flores.

Cada familia tenía un buen lote y los comían a menudo para reducir el número exagerado de ellos.

Ante tales circunstancias es explicable el asombro de los

cortesanos, al ver cómo Federico despreciaba los ofrecimientos del rey y elegía uno de los tantos corderos; pero es que el niño tenía un inmenso amor hacia los animales y es por eso que en todas sus aventuras lo han observado siempre conversando con ellos en un ambiente de gran amistad y cariño. ¿Y acaso el alma sencilla y sin hipocresía de los animales no se parece a la de los niños? Ellos son buenos y si alguna vez actúan mal se debe a que están enfermos, ya que no son realmente perversos.

Y así fue cómo Federico recibió un magnífico y gordo corderito blanco, recién lavado con los mejores jabones de las damas del reino. Como gustaba darle nombre a los animales, lo bautizó con el nombre de Osvaldo. Una vez terminado el banquete, el monarca y sus cortesanos se prepararon para regresar ese día a la capital.

Federico decidió recorrer el pueblo con Osvaldito y le puso un collar al cuello y una cuerda. Osvaldito era vigoroso y tironeaba

fuerte. El niño tenía que correr detrás de él para no ser arrastrado. Duende ladraba junto a su amo y esto asustaba más a Osvaldito que se ponía a balar.

Pasaban frente a un galpón, cuando el cordero, moviendo la cola nerviosamente, se puso a mordisquear un pasto fresco que crecía al pie del umbral. Duende comenzó a saltar y a ladrar nuevamente, por lo que Osvaldito, masticando y balando, decidió introducirse dentro del galpón para rehuir así a tan molesto amigo y allá lo siguió también Federico sin soltar la cuerda. En el interior había fardos de pasto y reinaba una oscuridad completa. El cordero seguía balando y tirando y el niño no sabía dónde pisaba pues no veía absolutamente nada. En uno de estos tirones, a Federico se le escapó la cuerda de entre las manos y debido a la intensa oscuridad no se atrevió a avanzar. De improviso vio un resplandor y a tientas dio algunos pasos hacia allí; oyó una voz que decía: Bueno, bueno, ya se arregló este aparato.

Tengo que llamar a un técnico para que lo revise. Hubo un nuevo resplandor verduoso y Federico se dio cuenta de que estaba en la sala de Rayos X del doctor Colibrí.

-¡Pero niño, dónde te has metido! -exclamó la mamá -¿Qué andas haciendo por ese rincón de la sala?

-A ver, a ver, ponte detrás de la pantalla. Así lo hizo Federico y el doctor, inclinándose hacia adelante frunció sus enormes cejas y lo observó muy serio, con gran detención. No respire. Echa los codos hacia adelante; ¡tose! Otra vez. Bueno... Hummm. Luego encendió la luz, salió Federico detrás de la pantalla y se dirigieron al escritorio.

-Señora -dijo el doctor- en realidad no es más que un discreto resfrío lo que tiene su niño. Que guarde reposo en cama durante algunos días, bastante abrigo y sobre todo nada de ir al colegio.

-¡Oh! Qué doctor más simpático, pensó Federico.

-Dele esta píldoras -murmuró el doctor, escribiendo en un

recetario.

La mamá estaba feliz y se despidió del doctor Colibrí. Federico también lo hizo y no sabía acaso darle la mano o darle un beso como al papá. El doctor le acarició las mejillas con sus enormes manos y le dijo que se portara bien.

Llegaron a la casa y Federico se fue a la cama. Eran las cinco de la tarde y mamá, junto con el té, le trajo unas revistas para que se entretuviera. El niño estaba pensativo. ¿Nuevamente todas sus aventuras habían sido un sueño...? No podía comprender... Pero tampoco le preocupaban. Se sentó la mamá junto a él y le dijo muy risueña: ¿Sabes?, alguien dejó la puerta de la calle abierta y se ha introducido al patio de los naranjos un hermoso corderito.

Federico sonrió y levantándose miró por la ventana. A través de los vidrios vio cómo Osvaldito estaba pastando tranquilamente. ¡No! No había sido un sueño, pero si no fue un sueño, ¿qué fue

entonces?

Ojalá que el doctor Colibrí se olvide de arreglar su aparato de Rayos X.

BUENAS TARDES.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina